

Aparte los adelantos que miss Vernon (cuya viva inteligencia se asimilaba, con tanta facilidad, los medios todos de instruirse,) había realizado en el estudio de las ciencias, poseía un pasable barniz con respecto á lenguas vivas, dominando la literatura antigua y moderna. Si no estuviera fuera de duda que las inteligencias vigorosas se desarrollan tanto más de prisa cuanto más el auxiliar parece faltarles, sería poco menos que imposible creer en una marcha tan rápida como aquella á través del campo de los conocimientos humanos. Y haciase más notable todavía después de comparar los que la joven sacaba de los libros con su completa ignorancia del mundo. Presentábase inteligente en todo, desconociendo sólo lo que ocurría á su alrededor. Era, á mi entender, la ingenuidad, la ignorancia misma de los detalles vulgares, su violento contraste con aquella instrucción tan variada que prestaba á su conversación irresistible encanto, encadenando, por decirlo así, la atención á su paso, ya que jamás podía preverse si la palabra que iba á decir ó el acto que iba á realizar denotarían la penetración más fina ó la mayor naturalidad.

El peligro al cual corría fatalmente un joven, de pasiones ardientes, viviendo sin cesar en trato íntimo con una persona bella, amable y seductora, lo someto á la consideración de aquéllos que no habrán olvidado los sentimientos que probaron á mi edad.



CAPÍTULO XIV.

De la ventana de mi dama escapase un rayo de vacilante luz. ¡ Oh, hermosa mía! ¿ Por qué tu lámpara brilla á la hora solitaria de media noche?

Balada antigua.

LEVÁBASE, en el castillo de Osbaldistone, un género de vida demasiado uniforme para que valga la pena de describirlo.

Diana y yo consagrábamos la mayor parte del día á nuestros estudios predilectos, en tanto que la restante familia mataba el tiempo solazándose conforme á la estación. A veces pasábamos á reunirnos á ella.

Mi tío, hombre metódico ante todo, congenió tan bien con mi presencia y mi sistema de vida, que prefirió, en definitiva, verme tal cual era á contemplarme de otro modo. Cierto que me granjeara mejor su aprecio con apelar á los mismos artificios que Rashleigh, quien, prevaliéndose de la aversión de sir Hildebrando por los negocios, se había inmiscuido, poco á poco, en la administración de los bienes. Puse, de buen grado, á la

disposición de mi tío pluma y aritmética en cuanto las hubo menester, ora para contestar á los vecinos, ora para formalizar la cuenta de un colono: conceptos bajo los cuales era yo en la casa huésped más útil que cualquiera de los hijos. En cuanto á aligerarle del cuidado de los intereses domésticos, no curé mucho de conquistarme su reconocimiento; por lo cual, el buen caballero, al confesar que el sobrino Franck era muchacho listo y hábil, raras veces dejaba de añadir que nunca creyera que el auxilio de Rashleigh le fuese tan necesario.

Como quiera que es muy desagradable permanecer en el seno de una familia en oposición con algunos de sus miembros, esforcéme en triunfar de la frialdad con que mis primos me trataban. El cambio de mi galoneado sombrero por un gorro de caza, les hizo mudar de opinión respecto á mí, y el modo con que domé á un potro de pocos años valióme general aprecio. Dos ó tres apuestas contra Dick, perdidas adrede, y un abundante brindis con Percie, me pusieron en vías del mejor compañerismo con todos los jóvenes *squires* (1), excepción hecha de Thorncliff.

He hablado ya del desvío de mi persona por parte del mayor de los primos, quien, dotado de algo más de inteligencia que los menores, tenía, asimismo, algo más de mal carácter. Regañón, sombrío y quisquilloso, mirábame como intruso en el castillo, y veía, envidioso y lleno de celos, mi intimidad con Diana, la cual, por razones de familia, le estaba destinada por esposa. Si él la amaba ó no, apenas si me atrevería á afirmarlo, al menos con fundamento, pero sí que la consideraba, en cierto modo, como propiedad suya, sintiéndose irritado por una ingerencia que no acertaba á prevenir ni á terminar. Distintas veces probé inspirarle sentimientos mejores: rechazó mis tentativas con gracia parecida á la de un arisco mastin que se sustrae, gruñendo, á las caricias de extraña mano. Abandonéle, por ende, á su recalcitrante mal humor, y no me ocupé más en el asunto.

(1) Escuderos.

Tal era mi situación con respecto á los miembros de la familia.

Uno de los moradores del castillo con quien, de vez en cuando, pasaba el rato, era Andrés Bonservice, el jardinero. Desde que había averiguado que era yo protestante, raras veces me dejaba pasar sin invitarme á tomar «el polvo de la amistad», con su tabaquera escocesa, complaciéndose en semejante galantería que nada le costaba, porque nunca admitía yo el tabaco, y que además, como no era él muy trabajador, ofrecíale excelente pretexto para descansar algunos instantes apoyado en su pala. Pero de lo que más gustaba, en aquellos breves coloquios, era de hablar de las noticias del cantón ó de las chungas propias del humor de sus compatriotas.

— Debo participaros, caballero, — dijome cierta tarde, en tono confidencial, — que he bajado al pueblo.

— ¡ Ah, ah ! ¿ Y habéis averiguado algo nuevo en la taberna ?

— ¿ Ir yo á la taberna ? Jamás... , á menos que un vecino me invite á echar un trago de cerveza ó de algo por el estilo ; pues por lo tocante á rascarme el bolsillo, el tiempo es demasiado precioso, y el dinero demasiado duro en dejarse ganar. He bajado, pues, al pueblo, conforme os decía, con motivo de cierto negocio mio con la vieja Simpson, la cual necesita un doble cuarterón de peras, (en el castillo habrá de sobras,) y héteos que, á lo mejor del trato, llega Patrick, el mercader ambulante.

— ¿ El buhonero, verdad ?

— Como le parezca á Vuestro Honor. Por ello no dejará de ser su oficio muy honroso y de producir mucho. En mi familia se ha ejercido á menudo. Pat es primito mio, y ¡ caramba ! nos hemos alegrado mucho al volvernos á ver.

— Habréis apurado juntos algún jarro de cerveza : ¿ eh ? Por amor de Dios, abreviad vuestro relato, Andrés !

— Esperad, ¡ vaya ! ¡ Esperad !... ¡ Esa gente del mediodía es una pólvora ! Puesto que andáis en el lio, tened una poca de paciencia. Conque... ¿ jarro de cerveza ? Pat brindóse á pagar uno, pero la vieja Simpson nos sirvió una toma de leche bau-

tizada y una de esas galletas de avena, húmedas y crudas como manojos de césped. ¡Ah! No valen las tales galletas lo que nuestras tortas de Escocia con sus cuscurros. Una vez sentados, se soltó el trapo y cada uno dijo la suya.



El jardinero Andrés Bonservice.

— Veamos, pues: decidme la vuestra enseguida. Dadme presto noticias, si es que valgan la pena. Ya veis que no puedo pasarme toda la noche escuchándoos.

— Sea, pues, ya que lo deseáis. Es, pues, el caso que la picardía de por acá ha hecho perder la brújula á los de Londres.

— ¿Qué brújula?

— ¡Si!... Recorren el campo... Ni toman, ni dejan... Una

cencerrada... Y el uno igual que el otro... El diablo anda en el ajo.

— ¿Qué galimatías es ese, ni qué tengo yo que ver con el diablo y las cencerradas?

— ¡Toma! — exclamó Andrés en tono maligno. — La marimorena se ha armado con motivo de... ¡Oh, Dios mio!... Pues sí: con motivo de la maleta y de aquel prójimo.

— No entiendo palabra.

— De la maleta de Morris, que dice éste que perdió allá abajo. Si no es cosa de Vuestro Honor, menos lo es mia y puedo ahorrarme gasto de tan preciosa tarde.

É impulsado súbitamente por extraordinario ardor, Andrés se aferró de nuevo al trabajo.

Mi atención, conforme habia previsto el viejo zorro, estaba ya excitada; mas no deseando descubrir, con preguntas directas, el interés que me inspiraba el asunto, aguardé á que la flaca de mi hombre, la murmuración, le volviera á él. ¡Qué si quieres! Siguió trabajando de lo lindo y hablando de todo menos de las nuevas del buhonero. De pié y atento el oído, mandaba yo al maldito charlatán á todos los diablos, obstinándome en observar hasta qué punto el espíritu de contradicción dominaria á la comezón que le devoraba por narrarme la historia hasta al fin.

— Lo que cuido aquí — dijo, — son espárragos; después tocará el turno á las habichuelas. No faltarán para sazonar la manteca: os lo fio. ¡Buen provecho les haga!... ¡Bonito estiércol me ha dado el intendente! En lugar de paja de trigo, ó de avena al menos, ha metido cáscaras secas de guisantes; que servirán tanto como pedruscos. ¡Qué le haréis! El picador hace en las cuadras lo que le parece, y vende, para sí, la mejor pajaza... En fin, que no es cosa de perder esta tarde de sábado; que el tiempo se ha serenado, y que si se pesca un buen día por semana, estad seguro de que cae en domingo... Con todo, es muy posible, mediante la divina gracia, que el tiempo se sostenga hasta el lunes, y si así sucede ¿á qué deslomarme más?... Creo que es ya hora de retirar: suena la cobertera, según llaman ellos á su batahola de campanillas.

Y, con esto, cruzando las manos sobre la pala, hundió ésta en el surco que acababa de excavar. Luégo, después de medirme con la vista y con el talante de superioridad de quien está en posesión de importantes secretos, que puede callar ó revelar á gusto suyo, bajó las mangas de la camisa y encaminóse, con tardo paso, hacia un banco en que había antes colocado su chupa cuidadosamente plegada.

« ¡ Nada! — pensé. — Tócame expiar la falta de haber interrumpido los desatinos del tunante, y someterme á discreción.»

En consecuencia, levantando la voz, le dije:

— En resumidas cuentas, Andrés: ¿ qué es lo que os ha contado de nuevo el mercader ambulante?

— ¿ Os referís al buhonero? — preguntó. — Nombrádle como gustéis, el caso es que su oficio es de gran monta en un país desierto donde las ciudades son tan escasas como en este Northumberland. No sucede lo mismo en Escocia, no. Dirigios al condado de Tife, por ejemplo, y os parecerá que os aproximáis á una gran ciudad hecha de una sola pieza: tantos son los caseríos esparramados de un extremo á otro, á guisa de cebollas, con sus grandes calles, sus cabañas, sus tiendas y sus casas de cal y canto, con escalera al exterior... Kirkaldy solo es más largo que cualquiera ciudad de Inglaterra.

— Debe de ser un espectáculo magnífico... Pero ¿ qué deciais antes, de Londres?

— ¡ Bah! ¿ Se interesa en ello Vuestro Honor? — preguntó Andrés gesticulando y sonriendo. — Sea lo que fuere, Pat Maccready opina que, allá en el Parlamento, se les han barajado los sesos á los señores, con motivo del robo de aquel señor Morris.

— ¿ En el Parlamento? ¿ Y por qué?

— Esto es precisamente lo que le he preguntado al primo. Con el respeto debido, voy á repetiros nuestra conversación, pues no vale la pena de mentir por tan poca cosa. « Pat: (le digo yo,) ¿ por qué los señores y caballeros de Londres se marean por causa de un imbécil y de su maleta? Cuando teníamos nuestro Parlamento en Escocia, (digo yo, y llévase el diablo á quienes nos lo robaron...) se sentaban tranquilamen-

te los señores á dictar leyes para todo el mundo, sin meter jamás baza en cosas que eran de la incumbencia de los jueces ordinarios. Pero ya ves, (digo yo,) una vendedora de coles, pongo por caso, arrancará la cofia á su vecina y me la harán comparecer á su Parlamento de Londres! Pues bueno: eso vie-



ne á ser como un enjambre de bobos, tan titulados, eso sí, como nuestro amo de acá y sus grandes ganserones de hijos con sus batidores, sus cuernos de caza y su caterva de perros y de caballos, corriendo todo el santo día á la zaga de un cacho de bestia que maldito si pesa seis libras cuando la han cogido.

— ¡ Bravo! Muy bien dicho, Andrés; — dije para estimularle á entrar en materia. — Y ¿ qué ha contestado Patrick?

— « Pse!... Pues dice que no hay que esperar cosa buena de esos comedores de pudings. ¡ Ahí es nada! Que han andado á gritos por la maleta como en sus disputas de whigs y de torys, injuriándose unos á otros como gente de poco más ó menos. Y héte que se levanta un mocetón de lengua suelta, y desenreda el lio. « El Norte de Inglaterra — dicen que ha dicho, — está infestado de jacobitas (y, en verdad, que no anduvo tan

fuera de razón,) los cuales viven casi en guerra abierta; un mensajero del rey se ve asaltado y robado en la carretera, y ese es golpe preparado por una de las primeras familias del Northumberland, habiéndosele quitado mucho oro é importantes papeles. Y no pára aquí todo. Al solicitar el robado la protección de las leyes, en casa del juez de paz, da de manos á boca con sus dos ladrones dispuestos á bromear y beber con él, quienes, después de obligarlo á retirar su denuncia, vuélvenle la espalda, y el pobre diablo se apresura á abandonar el país, temeroso de caer por efecto de calentura, enfermo de gravedad.»

— ¿Será cierto?

— Tan cierto, según me ha jurado Pat, como que su medida tiene el largo cabal de una vara, salvo una pulgada de menos que la vara inglesa. Y cuando el mozo hubo concluido su letanía, dice que se pidieron, á grandes voces, los nombres, y que citó á Morris, á vuestro tío, al señor Inglewood y... á otros más; — añadió Andrés mirándome con disimulo. — Entonces, según Pat, otro compadre del lado opuesto se levantó preguntando si era cuestión de acusar á los más nobles hidalgos del país por la sola palabra de un cobarde rematado como Morris, expulsado del ejército de Flandes como desertor, y añadió que ese es un golpe combinado por él y el ministro, antes de su salida de Londres, y que, si se buscaba bien, se hallaría el dinero á poca distancia del palacio de la reina. Y héteos á Morris llamado «á la barra», conforme dicen ellos, é historia al canto de lo que sabe del asunto. Y los que estaban en contra de Morris, pónense á alborotar de tal modo sobre la deserción de éste y sobre todo cuanto llevaba hecho y dicho de malo hasta entonces, que, según Pat, pareció Morris un desenterrado, y fué imposible arrancarle una palabra con sentido común: tal pavor le infundieron el trasiego y gritería que se armaron. ¡Figuráos el estrago que harían en su cabeza, que nó vale más que un pepino! ¡Ah! Sólo faltaba que Andrés Bonservice metiera baza!

— Y... ¿qué ha resultado? ¿Lo sabe vuestro primo?

— ¡Vaya si lo sabe! Como estaba de vuelta, Pat demoró su partida por ocho días ó cosa así, á fin de sazonar sus noticias con otras frescas. El gran fuego se fué en humo, pues el fulano que lo encendió volvió grupas diciendo que, aunque se le había metido entre ceja y ceja lo del robo, puede haberse equivocado en los pormenores. Entonces el otro fulano levantóse, á su vez, para decir que le tenía sin cuidado el que Morris hubiera sido robado ó no, con tal de que no se echase inmundicia al honor de un hidalgo, sobre todo si era éste del Norte, porque, como dijo él, «cabalmente acabo de llegar del Norte y, que se sepa ó no, me importa tres cominos.» Ellos llaman á eso una explicación; se afloja por un lado, se afloja por el otro y cátales á todos de acuerdo. Pero, como decía, después que la cámara de los Comunes hubo dado vueltas y más vueltas al asunto Morris, hasta dejarlo de sobras, los Lores quisieron echar su cuarto á espadas. En nuestro viejo y pobre Parlamento de Escocia sentábanse todos juntos, codeándose, y no necesitaban escuchar dos veces las mismas impertinencias; pero hoy es otro cantar, y sus señorías fueron allá tan campantes y peripuestos como si se tratara de un asunto nuevecito y flamante. Y sonó otro nombre, el de un tal Campbell, más ó menos enredado en el lio, quien se había procurado, para salirse de apuros, cierto certificado del Duque de Argyle. Al oírlo, Mac-Callum More pónese rojo de indignación, que el caso no es para menos; levántase dando una patada al suelo, lanza una mirada capaz de hacer que la tierra los trague á todos, y grita que jamás se ha visto un Campbell que no fuera ágil, prudente, bravo y honrado como el John Graham de otros tiempos. Mas... caballero, si estáis seguro de no tener en vuestras venas ni una gota de su sangre, (como no la tengo yo, que conozco desde muy lejos mi parentela,) os diré lo que pienso de los tales Campbell.

— Estoy segurísimo de no tenerla.

— ¡Oh! En tal caso, podemos hablar sin rodeos. Hay, pues, mucho bueno y mucho malo, como siempre, entre esos Campbell. Pero Mac-Callum More tiene largo el brazo y vara